



RINCÓN DE ESPIRITUALIDAD



Hemos subido al Calvario para presenciar la muerte de Dios. Hemos sido testigos de su crucifixión, muerte y sepultura. Lo hemos depositado en un sepulcro, y lo hemos dejado allí, abandonado al poder de la muerte.

Todo ha terminado. Ya no hay nada más que hacer, sólo queda volver cada uno a su casa y a sus cosas...Esta es, desgraciadamente, la situación de la fe de tantos creyentes. Un Dios atrapado en los muros de un rígido moralismo, de oscuras devociones, de frías miradas indiferentes.

Mientras ese Cristo permanece muerto y sepultado, cada año, en la noche más hermosa y más santa del año, se nos vuelve a pregonar, con una voz que retuerce los robles, que Cristo ha Resucitado.

Esta es la verdad que se les hace presente a los apóstoles, para que la palpen, la crean y la adoren. Es la verdad que, con voz potente, recorre los siglos, llegando en cada Pascua a nuestras vidas, para que tú y yo caigamos de rodillas, y proclamemos con todo nuestro corazón:

¡Cristo ha resucitado, verdaderamente ha resucitado!

Esta verdad es la plenitud de nuestra fe; si Cristo no ha resucitado, vana, débil, es nuestra fe. Esta verdad nos consuela a los que no soportamos un Cristo muerto. Jesús, el Señor, ha vencido a la muerte, ha roto los sellos del sepulcro, y ahora vive para siempre, como Señor de vivos y muertos.

Si crees con todo tu corazón y proclamas con toda tu voz esta Buena Noticia, si te sumerges en esta verdad dejando que ella empape tu existencia, experimentarás el poder que tiene la resurrección creída y proclamada. Verás cómo se renueva tu fe, cómo se despoja de toda vacilación. Verás cómo resucita tu esperanza levantándote de todas tus muertes. Verás cómo tu amor se fortalece hasta dar la vida.